CINECLUB NUCLEO

www.cineclubnucleo.com

Con el apoyo del INCAA y la gerencia de Espacios INCAA

- Fundación sin fines de lucro
- Miembro de la Federación Argentina de Cine Clubes
- Miembro de la Federación Internacional de Cine Clubes
- Declarada de interés especial por la Legislatura de la Ciudad de Bs. Aires

200 AÑOS BICENTENARIO ARGENTINO

Temporada Nº **57**

Exhibición Nº **7248 7249**

Cine **Complejo Tita Merello**

Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 4825 4102, o escribiendo a: **nucleosocios@argentina.com**

Buenos Aires, martes 9 de marzo de 2010

Todas las películas que se exhiben deben considerarse **Prohibidas para menores de 16 años**

LA ISLA SINIESTRA

(*Shutter Island,* Estados Unidos-2010)

Dirección: MARTIN SCORSESE. *Argumento:* sobre una novella de Dennis Lehane. *Guión*: Laeta Kalogridis. *Diseño del film*: Dante Ferretti. *Fotografía*: Robert Richardson. *Asistente de dirección:* Ron Ames, Amy Lauritsen, Robert Legato, Joseph P. Reidy, John Silvestri, Christian Vendetti. *Montaje*: Thelma Schoonmaker. *Mezcla de Sonido:* Petur Hliddal. *Dirección de arte*: Max Biscoe, Robert Guerra, Christina Ann Wilson. *Decorados*: Francesca Lo Schiavo. *Vestuario*: Sandy Powell. *Elenco:* Leonardo DiCaprio (Teddy Daniels), Mark Ruffalo (Chuck Aule), Ben Kingsley (Dr. Cawley), Max von Sydow (Dr. Naehring), Michelle Williams (Dolores), Emily Mortimer (Rachel 1), Patricia Clarkson (Rachel 2), Jackie Earle Haley (George Noyce), Ted Levine (Warden), John Carroll Lynch (Warden McPherson), Elias Koteas (Laeddis), Robin Bartlett (Bridget Kearns), Christopher Denham (Peter Breene), Nellie Sciutto (enfermera Marino), Joseph Sikora (Glen Miga), Curtiss Cook (Trey Washington), Raymond Anthony Thomas (Orderly Ganton), Joseph McKenna (Billings), Ruby Jerins, Tom Kemp, Bates Wilder, Lars Gerhard, Matthew Cowles, Jill Larson, Ziad Akl (hombre tatuado), Dennis Lynch, John Porell, Drew Beasley, Joseph P. Reidy, Bree Elrod, Thomas B. Duffy, Ken Cheeseman (doctor), Steve Witting (doctor), Michael E. Chapman (paciente), Keith Fluker, Darryl Wooten, Michael Byron, Gary Galone, Gabriel Hansen, Cassity Atkins, Rob W. Gray (doctor), Alexander Hoffman, Robert Masiello (doctor), Guy A. Grundy, Cody Harter, Dan Marshall, Eric Rollins, Skip Shea, Billy Silvia. *Producción:* Chris Brigham, Brad Fischer, Amy Herman, Mike Medavoy, Arnold Messer, Joseph P. Reidy, Martin Scorsese, Emma Tillinger. *Producción ejecutiva*: Chris Brigham, Laeta Kalogridis, Dennis Lehane, Gianni Nunnari, Louis Phillips. *Productoras:* Paramount Pictures, Phoenix Pictures, Sikelia Productions, Appian Way. *Duración original*: 138’.

Este film se exhibe por gentileza de United International Pictures (U.I.P.)

El Film

Nos vamos a los años cincuenta americanos para revivir el drama de un veterano de guerra, y también el tormento de un hombre que ha perdido a su mujer. Por la escena de **La isla siniestra**, Martin Scorsese hace aparecer fantasmas interiores y exteriores en un entorno de misterio donde el protagonista vive aislado, solo con su pasado y en lucha con su conciencia, en continua tensión por lo que considera una conspiración política de altos vuelos. Él, Teddy Daniels, es un agente judicial que llega al psiquiátrico para criminales de **La isla siniestra** con la misión de encontrar a una paciente que se ha fugado, pero tiene otros objetivos personales, entre la venganza y la búsqueda de la verdad. Miradas inquietantes y ambiguas de enfermos y del personal del centro, un recibimiento frío y una situación enigmática en torno a la mencionada desaparición, una guerra de escuelas psiquiátricas, los nazis en la recámara y unas cuantas historias clínicas de lo más espeluznantes. Desde el inicio, Scorsese juega sus cartas y lo hace bien, guardando más de una en la manga para acabar obligando al espectador a cuestionar las apariencias, para dudar de unos y otros… y hasta de uno mismo.
Construye un guión barroco y complicado como el laberinto de esas mentes desquiciadas, pero su precisión hace que se siga bien y que todo cobre sentido —y a la vez que nada cuadre — al final de la película. El espectador no se pierde en la historia, pero exige atención porque todos los detalles tienen una o varias explicaciones posibles. Fundamentalmente porque estamos ante una cinta que oculta el punto de vista con que se nos narra la historia, y eso obliga a repetidas relecturas para cambiar de lado según la última información. Lo que comienza con visos de objetividad, gradualmente va derivando hacia la duda y lo irreal… y

llega un momento en que no sabemos qué es verdad y qué invención: la realidad ha sido tan manipulada por el montaje cinematográfico, o por los poderes establecidos en su intento por controlar al pueblo, o por la inteligencia de una mente trastornada por el peso de la culpa… que todo es posible.
La isla siniestra es una de esas películas en las que uno no sabe si quedarse con la versión real o la imaginaria, la crítica sociopolítica o la vertiente antropológica. En cualquier caso, resulta impactante en el aspecto visual, con transformaciones de personalidad y de una realidad sin lógica que recuerdan a David Lynch —la imagen onírica de la mujer que “se deshace” es inolvidable—, con escenas en que el espíritu de Hitchcock se pasea por el acantilado o entre los pájaros convertidos en ratas, y también con el cine de serie B de los cincuenta de Tourner y Val Lewton.
Para esta tremenda historia de personajes bien dibujados en su indefinición, Scorsese ha recurrido a Leonardo DiCaprio, que vuelve a demostrar que es un gran actor y que sabe imprimir hondura dramática y psicológica a su oscuro papel. Bien secundado por actores de lujo, Mark Ruffalo, Ben Kingsley o Max von Sydow —todos un acierto de casting— aportan la ambigüedad de la mirada, mientras que Emily Mortimer, Patricia Clarkson o la joven Michelle Williams dan réplica a los “fantasmas” de su vida. Entretenimiento, suspense e intriga aseguradas para una historia de culpa y locura, donde la violencia y el dolor han oscurecido la mente y transformado la realidad, y donde la desconfianza y la sospecha se convierten en signos de una sociedad que ha apagado el faro de la verdad.
(Julio Rodríguez Chico, extraído de www.labutaca.net)

Es imposible, al ver la película, no pensar en otros filmes que la influenciaron. ¿Qué películas vieron o tomaron como referencia?
No sólo películas. Yo era un niño en la época en la que transcurre la historia y experimenté ese clima de paranoia que existía en la Guerra Fría hasta en mi barrio, en mi escuela. Pero en términos de vocabulario visual vimos desde **La invasión de los usurpadores de cuerpos** hasta **Laura**, porque allí quería que Leo viera la actuación de Dana Andrews, que es un veterano de guerra que no mira a la gente cuando habla, que está enamorado de un fantasma. Y **Retorno al pasado**, de Jacques Tourneur por el tono, o las producciones de Val Lewton como **La marca de la pantera** o **Yo dormí con un fantasma**.
La película tiene cosas de Hitchcock también y de Nicholas Ray...
Sí, vimos **Delirio de grandeza,** de Nicholas Ray, claro, y **Shock Corridor**, de Sam Fuller. Muchas cosas: una escena de **Encrucijada de odios**, de Edward Dmytryk, los documentales de la Segunda Guerra de John Huston. Me interesaba usar la historia del cine como vocabulario -el thriller psicológico, el horror, el film noir, el expresionismo alemán que es de donde vienen todos esos géneros-, para contar todo a través de la cabeza del personaje de Leo. Pero no las vemos para imitarlas. La idea es tomar en cuenta una historia del cine que lleva cien años: Griffith, De Mille, Ford, Welles, Lubitsch, Preminger, Siodmak. Es una continuidad...
¿Qué fue lo que lo impactó del guión, lo que te decidió a hacer la película?
El final, las últimas dos escenas. Las últimas dos líneas de diálogo me hicieron llorar. Tienen un impacto emocional tremendo. Yo sabía cómo era la historia, las vueltas de tuerca, pero me dejé llevar por las trampas pero, más que nada, por la compasión que me generaba Teddy (DiCaprio). Era un desafío poder llevar todo eso a la pantalla.
Las escenas del Holocausto, en los recuerdos/pesadillas de Teddy, son muy fuertes. ¿Cómo las trabajó?
Quería que fueran en color. Es perturbador, más inmediato y real. Recuerdo que cuando era chico empezaron a llegar imágenes de los campos de concentración y era algo abrumador. Hay que ser muy cuidadoso con esas cosas, pero no quería usar un blanco y negro que generara una distancia con el espectador. Tenía en mente las imágenes en Kodachrome que filmó George Stevens. El color las hace más inmediatas y reales. Además eso está mezclado con una fantasía que puede sólo estar en la mente del protagonista.
El tema de la salud mental, de los hospitales psiquiátricos y el trato que reciben los pacientes es central. ¿Investigaron al respecto?
Sí, bastante. En esa época se hacían lobotomías tremendas. Consistían en meterle a la persona un objeto punzante en el globo ocular y revolver por ahí. Y la gente, de alguna manera, cambiaba. Quedaban domesticados. A algunos les hizo bien, pero muchos murieron. Pero otros pensaban que no se podía hacer eso, que era un daño tremendo, inmoral. Es un asunto muy interesante y complejo. Tiene que ver con sentir compasión por los enfermos. Y hablo de algunos muy peligrosos. Hay que tener un amor incondicional por los pacientes. Muchos empezaron a usar drogas, a sobremedicarlos. En los Estados Unidos, en los '80, Reagan cerró muchas instituciones mentales pensando que con la medicación alcanzaba. Y no es así: si se van, no la toman. Son personas que cuestionan la autoridad, muchas escuchan voces en su cabeza que les dicen: 'No tomes esa pastilla'. En el libro está también la idea del control ideológico de la mente, como en Usurpadores de cuerpos...
Eso conecta lo que pasa en la película con la actualidad...
Ahora es peor que nunca. Cuando yo tenía ocho años, en 1950, vivíamos aterrorizados por posibles bombas. Era plena Guerra Fría. En la escuela de monjas a la que iba nos hacían hacer simulacros por si recibíamos ataques y cada vez que volaba un avión a baja altura temblábamos porque pensábamos que venían con bombas. Yo era un chico muy impresionable y teníamos a la Hermana Gerturd, la Madre Superiora del St. Patrick's School -que era igual a Meryl Streep en la película **La duda**- que hablaba por los altoparlantes cuando había un simulacro y pegábamos un salto. Un miedo atroz. Y ahora es muy real también. Pero antes el antagonista era obvio y ahora es una especie de guerra civil universal en la que te educan para desconfiar de la persona que está al lado tuyo. Por eso es necesaria la educación.

Las experiencias traumáticas son fuertes para los pacientes, pero también para los doctores. ¿Pueden seguir siendo personas normales?

No creo en la normalidad. Creo que hay un nivel de civilidad con los otros, códigos morales y familiares con los que aprendemos a vivir. Pero la normalidad es algo muy relativo y va de acuerdo a las diferentes sociedades y civilizaciones. Un psiquiatra que colaboró en la película, James Gilligan, escribió libros sobre la violencia. El fue el encargado de cambiar el Instituto Psiquiátrico Bridgewater, que es donde se hizo ese terrible documental de Fred Wiseman, **Titicut Follies**, que estuvo prohibido en los Estados Unidos. La vimos con el elenco. Gilligan creía en la terapia, en hablar con los pacientes. Y cambió radicalmente ese lugar. Nos contó que hubo motines, que atacaron y mataron a guardias, y en una ocasión les cortaron las cabezas y jugaron al béisbol con ella. Había un paciente tan terrible que nadie se le acercaba y Gilligan se metió con él, vio su lado humano, y veinte años después trabaja en la biblioteca del hospital. Antes los trataban como animales. Y a todos los afecta convivir con eso, pero es importante entender lo irracional y tener mucha compasión por el ser humano.

(Diego Lerer, 5 de marzo de 2010, extraído de www.clarin.com)